

2. Adolfo Meisel Roca y Alejandro López M., *El Banco de la República. Antecedentes, evolución y estructura*, Bogotá, Banco de la República, Departamento Editorial, 1990.
3. Fabio Sánchez, Andrés Fernández y Armando Armenta, *Historia monetaria de Colombia en el siglo xx. Grandes tendencias y episodios relevantes*, en James Robinson y Miguel Urrutia (eds.), *Economía colombiana del siglo xx. Un análisis cuantitativo*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, Banco de la República, 2007.
4. Salomón Kalmanovitz, *Nueva historia económica de Colombia*, Bogotá, Taurus, 2010, pág. 113.

Dos artistas y una colección de arte: “buenos frutos”

José Antonio Suárez Londoño.
Ejercicios con la Colección Pizano
 Universidad Nacional de Colombia
 Universidad Nacional de Colombia,
 sede Bogotá, Bogotá, 2007, 120 págs.

La feliz relación de Darío Jaramillo Agudelo con el arte vuelve a dar sus buenos frutos. En esta ocasión se trata de su colaboración con el pintor José Antonio Suárez, pero la diferencia radica en que el poeta no habla de la obra original del pintor sino de las copias que éste realizara de la famosa colección Pizano de la Universidad Nacional.



A esta primera extrañeza habría que agregarle el hecho de que por ningún lugar ni de la carátula ni de los derechos de autor aparezca el nombre de Darío Jaramillo Agudelo, con lo cual, al abrir el libro, diseñado como un cuaderno de notas y

empezar a leer sus páginas, sorprende encontrarse con un texto admirable del autor de *Cantar por cantar*, como si él hubiera querido pasar inadvertido para que la obra del pintor no quedara en un segundo término, obra que, por otra parte, fue realizada por Suárez durante los años 2004 y 2005.

El punto focal de este libro, donde se interceptan, será los talentos del pintor y el poeta, es nada más ni nada menos que la Colección Pizano, aquella reunión de copias de grandes piezas de la escultura clásica traída desde París a Bogotá en 1926, conformada por 242 reproducciones de esculturas y 1652 grabados. En ella se incluyen obras del arte griego y helenístico hasta obras del siglo XIX, provenientes del Museo del Louvre y del Museo Británico de Londres. O, para ser más exactos, vale la pena citar las palabras de Ángela María de López: “desde reproducciones de obras creadas en el antiguo imperio de Egipto hasta las esculturas de Rodin. Es decir, concluye la curadora, 44 siglos de historia”. Su importancia es mayúscula, toda vez que sirvió como base para el estudio y la apreciación del arte clásico y renacentista, principalmente, por parte de cientos de estudiantes, quienes tuvieron que enfrentarse a ellas y dibujarlas, al mejor estilo de las escuelas de arte decimonónicas.

Suárez queda, literalmente, hechizado por esta colección y fruto de su perplejidad son estos dibujos minuciosos, delicados, repetidos como para saborear otra vez el placer de dibujarlos, como si el reconocido artista antioqueño se devolviera a sus años de aprendizaje. No es de extrañar que sienta en la realización de ellos cierta ritualidad, cierta ceremonia, así como cierta libertad, pues se atreve a añadir, a modo de reflexiones y como si de un diario se tratara, algunas anotaciones al borde de las mismas páginas, como ésta que, con humor, sintetiza su actitud “anacrónica” de copiar obras clásicas del pasado en pleno siglo XXI, algo que muchas mentes supuestamente brillantes, bienpensantes y progresistas, consideran como el

símbolo de lo retrógrado y de la sumisión a los “cánones colonialistas”, según sus palabras. Dice así José Antonio Suárez: “asamblea permanente contra los cultores del neo academicismo neo clasicista decadente y obstasivo presente contra los cultores del dibujo retrógrado y antiimperialista presente queremos la no academia y no a todo...”. Sin desperdicio. Retrato perfecto de un “despistado lúcido” como lo califica el poeta. Esta anotación marginal le permite al autor hacer una distinción entre dos tipos de artistas: “entre los que ubican el arte en el pensamiento, en el proyecto, en el plano a mano alzada que ejecuta un artesano, y los que siguen creyendo que el arte es taller, dominio técnico, en fin, que el arte se ejecuta con las manos, con algo que se parece a la disciplina, pero que es algo muy diferente, una persistencia en el ejercicio obsesivo y constante que obedece a la pasión...”. Para hacer un símil con el libro, este sería un autorretrato perfecto del propio Darío Jaramillo.



Pero todo no para ahí. Mientras el pintor pinta, Darío Jaramillo escribe sobre lo pintado, y lo hace con una obsesión de investigador privado como si al seguirle la pista a las fechas, datos dejados al azar en las esquinas, descubriera quién es el asesino, de allí que sea un texto minucioso, como si quisiera reconstruir el proceso temporal y mental que tuvo el pintor frente a la colección.

El texto tiene la misma velocidad que el dibujo de Suárez: fulguraciones, destellos, decir y volver a decir equivale a dibujar y volver a dibujar y, además, comparten temas

como la eterna felicidad del aprendizaje o la emoción del hallazgo.

Habría que hacer, para terminar, un elogio al diseño y diagramación del libro, el cual tiene y recupera ese misterio de los cuadernos de notas, sus hermosas anomalías, su anónimo trasegar. Lo que para alguien sería apenas un sencillo cuaderno de notas, como unas semillas que después germinarán en otros trabajos, para los diseñadores del libro es un homenaje a la inmediatez, al rapto de la emoción, un elogio a la intimidad. Y a la genialidad.

RAMÓN COTE BARAIBAR



Lo ritual. Lo sagrado. Lo mágico

Homenaje Negret escultor

Carlos Jiménez (textos)

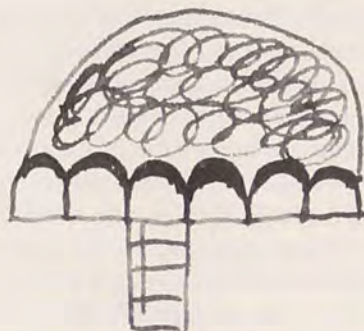
Villegas Editores, Bogotá, 2004,

343 págs.

La importancia de Edgar Negret (1920) en el arte colombiano y latinoamericano del siglo xx está más que consolidada, y su nombre está ligado indisolublemente a los grandes creadores de nuestro país quienes lograron construir una obra única, y con un lenguaje único y con un significado local y universal. Y este libro viene a ser, como su nombre lo indica, un homenaje a un hombre que no ha dejado de investigar y trabajar y renovar desde que empezó su trayectoria en su Popayán natal, abriendo un camino que conecta con las corrientes plásticas más importantes del siglo pasado, donde lo foráneo se hace propio, donde, en definitiva, se unen los tiempos: el presente histórico y el pasado prehispánico.

El propósito del presente volumen, es decir, del homenaje, lo aclara Benjamín Villegas en su presentación: “Este libro incorpora la más significativa selección de la obra de Edgar Negret, y, en términos de ex-

periencia estética, una retrospectiva de su creación a manera de exposición ideal, independientemente de dónde se encuentren sus obras”. De manera que a lo largo de 343 páginas el lector podrá acercarse a un trabajo serio y dedicado, único y resplandeciente, acompañado de la mano de un estudio de Carlos Jiménez (Cali, 1958), escritor, historiador y crítico de arte radicado en España y colaborador habitual de los suplementos culturales de ese país.



Gracias a esa articulación anunciada en la introducción, podemos apreciar *in extenso* una maravillosa retrospectiva del artista payanés, empezando por sus primeros dibujos, pasando por sus “aparatos mágicos”, para llegar a la madurez de su obra, prolífica y enormemente dinámica, sin llegar a ser monotemática. Vale la pena destacar que cada una de sus etapas está presidida por un texto emblemático firmado por variados críticos que se han ocupado de su obra, como Marta Traba (“Acoplamiento”), Roberto Guevara (“Vigilantes”), Germán Rubiano Caballero (“Cascadas”), José María Salvador (“Fiesta inca”), Eduardo Serrano (“Cuevas”) y varios otros. Gracias a ello, y al espléndido trabajo fotográfico de Óscar Monsalve, que nos descubre el ángulo preciso de cada pieza, el presente Negret escultor es un libro que se ve y se puede leer, que cada vez que se abre nos sorprende con algún milagro.

De esta manera el lector comprueba cómo un artista es una persona que siempre se inventa, que quiere renovarse, que cambia de piel como las serpientes, sin dejar de ser

él mismo y que a su vez irradia su potencia hacia los demás. En su caso en particular, Negret ha incorporado al trabajo como escultor su oficio como constructor, dejando abierta una puerta donde el artesano se toca la mano con el artista, convirtiendo la estructura misma, el ensamblaje, en una obra de arte adicional. Por ello sus tornillos tan a la vista, tan elocuentes, tan visibles, adquieren en sus manos una elegancia y una dignificación, como si el artista quisiera agradecerles constantemente su existencia, elevando lo sencillo a otro nivel de significación. En esa dignificación de lo oculto, habría que resaltar el papel prioritario del aluminio, su material por excelencia, elemento que no solo sirve para hacer aviones o latas de cerveza sino también, gracias a Negret, extraordinarias esculturas. Precisamente esa presencia del proceso, de la construcción a la vista, constituye uno de sus más valiosos aportes, pues, como el Partenón, nos permite observar no sólo el resultado sino su elaboración, sus fuerzas desnudas, su estructura desde dentro y desde fuera. Es quizá por ello que su obra transmite esa fuerza tan especial, ese vigor constante que no decae de pieza en pieza sino que se ensambla, se añade para conmovernos.

Carlos Jiménez resalta sus contactos con tendencias como el expresionismo abstracto, como el *pop* y el *op art*, o como el naciente (en su momento) minimalismo. Estos estilos fueron determinantes en su asimilación del mundo moderno y, a su vez, depuraron su concepción del arte. Dicho de otra manera, paradójicamente en vez de absorberlo —y anularlo— alguna de esas corrientes, le permitieron orientarse en el laberinto del arte moderno de donde salió triunfante, con una sobriedad y una elegancia llena de energía, de cierta altivez, valiéndose de elementos propios de la industria moderna, con técnicas propias de la ingeniería moderna, pero con la visión de un poeta intemporal que sabe unir en una obra a todos los tiempos.

A su vez, apunta Jiménez en su estudio introductorio, Negret conci-